FIDEL ARANEDA BRAVO

# LA EXACTITUD EN LA HISTORIA

OBSERVACIONES A LOS CINCO PRIMEROS VOLUMENES DE LA "HISTORIA DE CHILE" DE DON FRANCISCO A. ENCINA.

Santiago de Chile

1947

## JUICIOS SOBRE EL AUTOR

**De Don Arturo Alessandri Palma.** — Presidente del Senado de Chile: "Su libro escrito en correctísimo, claro y liviano lenguaje, destaca la personalidad vigorosa y la psicología propia de dos personajes de excepcional y superior relieve de la Iglesia y juzgados a través de la minuciosa documentación que Ud. acompaña como base justificativa de su completo estudio, resultan con méritos sobrados que los acreditan como ciudadanos eminentes, cuyo prestigio ha traspasado, con justicia, las fronteras del país.

---

**Del Dr. Julio Baudouin**, catedrático y tradicionalista peruano: "La erudición de Fidel Araneda Bravo se vuelca en sus obras que conozco, y de manera especial en los HOMBRES DE RELIEVE DE LA IGLESIA CHILENA.

Sus disertaciones son de fondo y no de sola amplificación. Dilucida el punto que trata clara y precisamente. Las cualidades más eminentes del autor parecen ser su erudición amplia y fácil, como lo hemos dicho, su elevación de miras y el valor decidido por defender siempre la verdad histórica".

Y pienso que ese joven — "que se divertía haciendo biografías breves, útiles y muy claras — ahora contribuye admirablemente a escribir la HISTORIA gloriosa de la Iglesia Chilena, y le cabe el honor de ser el biógrafo de dos lumbreras, de dos apóstoles de Cristo en tierras del sur".

FIDEL ARANEDA BRAVO

# LA EXACTITUD EN LA HISTORIA

OBSERVACIONES A LOS CINCO PRIMEROS VOLUMENES DE LA "HISTORIA DE CHILE" DE DON FRANCISCO A. ENCINA.

Santiago de Chile

1947

# Homenaje

a mi padre Dn. Fidel Araneda Luco
cuya ejemplar vida cívica
nos llena de filial orgullo.

Santiago, Agosto de 1947

# TOMO I

Comenzamos a leer la Historia de Chile de Don Francisco A. Encina, con prejuicio; un escritor y poeta fogueado, nos había dicho: ¡Cuidado con los juicios de Alberto Edwards! Era éste un criterio frío y judaico, pseudo científico y con ribetes espenglerianos, como el de nuestro otro genio, pariente ideológico suyo, Don Francisco Encina, y sin nada de religioso ni de cristiano... en Encina la Iglesia, el cristianismo, y la fé religiosa en general, tienen un enemigo exaltado, que llega hasta el estado "delirante". Cosas del siglo XVIII, y del segundo de ciertas herencias luteranas y hebraizantes"; después un hermano sacerdote, muy docto en historia, nos hizo aseveraciones semejantes. Abrimos, pues, con cierto temor el primer tomo de esta obra.

Leíamos con avidez, las páginas se sucedían y no encontrábamos ni una frase, ni una línea, ni siquiera puntos suspensivos que delataran al enemigo de la Iglesia y de la fe religiosa, de que nos habían hablado, y así sin encontrar nada de esto, cerramos las seiscientas cincuenta y nueve páginas del primer volúmen. No podemos responder de los otros

cuatro tomos, porque recién hemos comenzado a leer el segundo. El Sr. Encina no ataca a la Iglesia, no es contrario a Ella, es un indiferente, un racionalista, un historiador que no sabe apreciar el orden sobrenatural esto es todo y no deja de ser...

La Historia de Chile de Don Francisco Encina es la más acabada que se ha escrito y es difícil que alguien vuelva a emprender obra semejante; esta será por muchos años la verdadera Historia de Chile. No volveremos a tener otro hombre tan acucioso y sobre todo tan paciente como él, sólo puede compararse a Barros Arana y a Medina, con la diferencia que estos tuvieron que dedicarse a la búsqueda de documentos, algunos casi ilegibles y nuestro autor encontró todo a la mano para realizar su trabajo, aquellos fueron investigadores, y éste, historiador, en el verdadero sentido de la palabra, se valió de los documentos de los otros.

El Sr. Encina aprovechó las investigaciones de don Tomás Guevara y de don Ricardo Latcham sobre los aborígenes; la "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575" de Góngora de Marmolejo, "La Crónica del Reino de Chile" de Mariño de Lobera, los Documentos de don José T. Medina, las Actas del Cabildo de Santiago, los "Hechos de don García Hurtado de Mendo-

za" de Suárez de Figueroa, la "Historia de Córdoba y Figueroa", la "Historia de Chile" de don Crescente Errázuriz y algo también de la "Historia General de Chile" de Barros Arana.

Si el autor no se muestra en su obra derecho enemigo de la Iglesia, está muy lejos de mostrarse amigo; a través de este tomo se manifiesta indiferente en materia religiosa y si realza la obra de la Iglesia, no le atribuye el carácter sobrenatural y Divino que Ella tiene; es racionalista, para el Sr. Encina la Iglesia es una sociedad humana como cualquiera. Cuando trata los hechos eclesiásticos se guía, sin duda, por las obras de don Crescente Errázuriz, que están muy bien documentadas en lo que se refiere a esta materia.

Lo que nuestro historiador relata de la "Vida Religiosa" en el Capítulo XI, y de la "Lluvia de excomuniones" en el XV, casi en nada difiere de lo que dice don Crescente Errázuriz sobre los mismos asuntos en los "Orígenes de la Iglesia Chilena" (1873) y en "Don García de Mendoza" (1557-1561-1914.

El Sr. Encina es sin duda un liberal a la alta escuela, a veces se asemeja a un abogado defendiendo la causa de los conquistadores, encomenderos y terratenientes o un hacendado muy individualista que rechaza a priori toda reforma social en beneficio de sus trabajadores;

el historiador sereno está ausente en las páginas que tratan la cuestión social, en todas ellas predomina su criterio absolutamente manchesteriano.

Según él los indios sufrieron muy poco y tenían que ser tratados como animales, porque pertenecían a una raza distinta de la nuestra, a la cual no se podía someter de otro modo.

* * *

Es indudable que los historiadores del siglo pasado exageraron en aquello del mal trato de los indios, y el mismo don Crescente Errázuriz dice que cuando Santillán decía que se les trataba con tanta crueldad, "ciertamente recarga el cuadro y hay exageración en sus asertos; pero el fondo de la afirmación — que se tratara mal al indígena — ha de ser tenido por exacto", (Don García Hurtado de Mendoza, p. 425); en cierto modo Encina y Errázuriz coinciden en sus apreciaciones, acerca del trato que se daba a los aborígenes porque tampoco niega el autor de la nueva Historia de Chile que se les maltratara; es evidente que teniendo ambos mentalidades tan diferentes no pueden estar en todo de acuerdo: el señor Errázuriz es un místico... o un iluminado... como diría el señor Encina, un sacerdote que comprende cuándo y cómo deben ejercitarse las virtudes de la justicia y de la caridad, según los dictados de la

ley de Dios, entre tanto para nuestro autor no tienen significación ninguna las leyes Divinas. En el óptimo trato que se daba a los indios domésticos, Errázuriz y Encina están en perfecto acuerdo.

La Iglesia y sus hombres, Antonio de Avendaño o de San Miguel, Fray Gil de San Nicolás, Rodrigo González de Marmolejo, en el primer período, son los adalides en la defensa de los indios. El Er. Encina hablando de la guerra entre los araucanos expresa que el sentimiento cristiano de la hermandad de los hombres logró obtener que se humanizara temporalmente la guerra", (pág. 547). Es cierto que muchas veces exageraron y les faltó la prudencia, en especial a Fray Gil González de San Nicolás, que no conoció la cordura ni el tino, pero es evidente que si no es por la obra humanitaria realizada por Obispos y frailes, los conquistadores y encomenderos habrían cometido con los pobres indios, abusos aún mucho peores que aquellos que perpetraron. Humberto Muñoz en su obra "Movimientos Sociales en el Chile Colonial", trata esta materia con lucidez y exactitud.

* * *

En la mentalidad individualista del Sr. Encina, las crueldades horrorosas que cometieron los españoles con los indios — y que él mismo describe — no tienen nada de extraordinario y esto

lo afirma porque no encontró "un solo documento que refleje el odio al indio o el propósito de matarle por el hecho de ser aborigen; aún en las mayores atrocidades, se advierte el deseo de infundir terror a los naturales para inducirlos a la paz" (pág. 547). Esto es indiscutible... nuestros antepasados los conquitsadores, no eran sanguinarios, no mataban indígenas por ser ellos quienes eran, es decir, no asesinaban, pero esto no prueba que los trataran bien, "quod nimis probat nihil probat...

Nuestro historiador denomina iluminados y místicos a los sacerdotes y seglares que miraban con justicia y caridad a los aborígenes. ¿Sabe el Sr. Encina lo que es un místico? es probable que no, porque como hemos dicho para él no existe otro orden que el natural, y el misticismo es un fenómeno esencialmente sobrenatural: "Mística es la parte de la ciencia espiritual que tiene por objeto propio la teoría y la práctica de la vida contemplativa desde la primera noche de los sentidos y la quietud, hasta el matrimonio espiritual" (Tanquerey) y contemplación infusa, según Benedicto XIV es "una simple visión intelectual junta con amor deleitoso, de las cosas divinas, la cual procede de Dios, que aplica de un modo especial el entendimiento a conocer, y la voluntad a amar las cosas divinas, y que con-

curre a estos actos por medio de los dones del Espíritu Santo de entendimiento y de sabiduría, iluminando el entendimiento con una luz viva, y abrazando en amor la voluntad". Esta definición según Tanquerey es muy completa porque señala claramente la parte que tienen Dios y los dones del Espíritu Santo en la contemplación, al mismo tiempo que la que tienen nuestras potencias, las cuales aún siendo aplicadas por Dios, al conocimiento y al amor, coopera libremente a la moción divina". Místico es un cristiano que practica la más alta vida contemplativa. Por lo general los hombres de acción, los individuos con arranques tan violentos como Fray Gil de San Nicolás y Pedro de Villagra, no suelen ser místicos... San Juan de la Cruz, Santa Teresa, esos fueron místicos y no tienen ni un punto de semejanza con aquellos.

Ninguno de los historiadores eclesiásticos ni Eyzaguirre, ni Errázuriz, ni Silva Cotapos, ni Silva Lezaeta, ni Prieto del Río denominaron místicos a los defensores de los indios, es que ellos conocían el significado genuino de la palabra, y no podían aplicarla a quienes no les venía.

Para el Sr. Encina todo aquel que es cristiano y vive como tal, ajustando sus acciones a las normas del Evangelio, es un místico, y si no, leamos lo que dice

de Pedro de Villagra en la pág. 635: "De carácter austero, con algún fondo místico, disimulado por su impetuosa energía y sus grandes dotes militares, empezó por rehusar el recibimiento aparatoso que se le preparaba. Iba resuelto a consagrar sus esfuerzos a la estricta aplicación de las ordenanzas que reglamentaban el trabajo de los indígenas, sin consideración a las resistencias que despertaran".

Del magnífico estudio que hace el historiador de la personalidad de Pedro de Villagra, se desprende que era un guerrero ilustre, un hombre de acción, un carácter apasionado y violento, pero en nada se deja traslucir siquiera un temperamento místico. (Pág. 646).

Ahora, si el Sr. Encina le asigna a la palabra mística, el significado equívoco que se le da actualmente, entonces podrían ser místicos los Obispos, sacerdotes y gobernantes que deseaban mejorar la situación de los indígenas, porque llevaban en su alma ese ideal, esa "mística" de procurar el bienestar de los araucanos.

* * *

La Historia de Chile del Sr. Encina es irreprochable cuando narra los sucesos; no se le escapa nada, lo hace con serenidad y altura de miras, pero cuando se refiere al mal trato que recibían los indios, en su afán individualista de

justificar a los españoles, erige un verdadero sistema histórico denigrando a aquellos y defendiendo a estos, como ya lo dijimos, parece abogado o hacendado.

Se ha olvidado el autor, de aquellas hermosas frases que escribía en su valioso libro "La Literatura Histórica Chilena y el Concepto actual de la Historia": No es lícito introducir nada extraño al propio pasado: *los postulados sociales,* los principios políticos, las ideas filosóficas, los sentimientos religiosos, los conceptos morales, etc., no son moldes, sino elementos constitutivos e integrantes de él. El historiador debe limitarse a representar la realidad histórica sin añadirle nada de su parte, ni eregir su presente fugaz, en medida del pasado, ni en cárcel del porvenir. La transplantación de las ideas, de los sentimientos y de cualquier aspecto del presente del autor, importa una *falsificación* de la historia, más grave que los cambios de nombres, de las fechas y de los elementos externos del suceder; pues, al paso que estos últimos desfiguran el rostro y el cuerpo del pasado, aquella tergiversa el espíritu que lo preside. Los errores de detalle son simples cicatrices que afean la forma de la historia; las alteraciones psicológicas la truecan en otra distinta". (Pág. 84 y 85).

Guardadas las proporciones, nos dan deseos de decirle, al docto historiador

aquello que don Crescente Errázuriz le expresaba en la introducción de "Los Orígenes de la Iglesia Chilena" a don Miguel Luis Amunátegui criticándole su obra "Los Precursores de la Iglesia Chilena".

"En su última obra tiene el señor Amunátegui la desgracia de no mostrarse católico; se presenta lleno de preocupaciones y su "sistema histórico" deja ver en más de un punto cuáles son las apreciaciones de su corazón".

"Nada más peligroso para la verdad histórica que los sistemas históricos".

"Quién no se propone estudiar los acontecimientos, cualesquiera que sean, para deducir las consecuencias sean cuales fueren, que nazcan de ellos, sino que, al contrario, establece ciertas proporciones y va a buscar en lo pasado las pruebas de sus teorías, se expone a falsear la historia y, aún cuando fueran sus ideas justas y verdaderas, su obra no sería el escrito del historiador sino la defensa del abogado". (Pág. 21 Ed. 1873).

Son casi las mismas ideas que manifestaba el Sr. Encina sesenta y dos años después...

Es cierto que Amunátegui no hace historia en "Los Precursores" porque su único afán es difamar a la Iglesia y Don Francisco Encina, justo es reconocerlo, sólo se desvía del verdadero camino que debe seguir el historiador cuando deni-

gra a los defensores de los naturales y cuando juzga a la Iglesia con su criterio puramente naturalista e interpreta a su manera a hombres y sucesos de la vida nacional; en lo demás procede con honradez y serenidad. En lo que respecta a la Iglesia, como ya lo hemos dicho, si no cree en su misión divina le asigna un valor humano que no deja de enaltecerla porque sea como fuere, gracias a su influencia, él mismo lo reconoce, los indios mejoraron su situación; el historiador respeta los fenómenos sobrenaturales, no cree en ellos, pero tampoco los ridiculiza como acontece en las obras de Amunátegui y de Barros Arana. Tal vez lo que le ha ocurrido al erudito escritor es algo que, a todos, nos sucede con mucha frecuencia: las teorías, las ideas, traicionan a los hombres en sus realizaciones, en sus actos.

Fuera de estos defectos, que obscurecen el panorama histórico y echan algunas manchas sobre la verdad pura, lo demás es irreprochable y nadie hasta ahora había hecho una interpretación más completa y exacta sobre nuestra nacionalidad.

# TOMO II

Don Francisco Encina dice en su libro "La Literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia" "que lo que separa fundamentalmente al investigador del historiador es la posición frente al documento: aquel es su esclavo y este su amo; el primero emplea su vida en su rebusca, y una vez encontrado le erige en ídolo, mientras el segundo le bebe su contenido y lo arroja después al canasto de los papeles inútiles. Pero el documento es esclavo poco sumiso, vengativo y profundamente insidioso en la consecución de sus ansias de dominio. El duelo entre el historiador y el documento acaba en la mayoría de los casos, por la victoria del último" (pág. 217).

Sin temor de ser incluído, por el autor, en el número de los "mentecatos" (pág, 219) que dan mucha importancia al documento, creemos que el señor Encina lo desprecia demasiado y por eso a su obra le hace falta mayor valor científico. Comprobar lo que se afirma es "conditio sine qua non" para la solidez y seriedad de los estudios históricos.

Es evidente que la historia hecha solamente a base de pruebas sería algo insoportable y se convertiría en una colec-

ción de documentos; el Sr. Encina piensa muy bien cuando dice "que el deseo de lucir la erudición documental y la destreza en su manejo, de agotar la materia, excediendo a los que nos precedieron y confundiendo de antemano a los que nos seguirán, mata la historia por el costado opuesto de la superficialidad" (Pág. 221 y 222).

Ni tanto, ni tan poco "in medio est virtus".

Ni prescindir absolutamente del documento, ni abusar de él. Todos los historiadores están de acuerdo en, que por lo menos, hay que hacer referencia a las fuentes de donde se obtuvo el dato, para que el lector pueda verificarlo, y esto no impide que el historiador extraiga "de ellos el alma del pasado" pero al hacerlo está obligado, siquiera, a decir de donde lo extrajo.

Jaime Eyzaguirre, que aún cuando en su "O'Higgins" no pretendió hacer obra científica, cita al final de cada capítulo todas las fuentes que utilizó en su trabajo.

No hay ningún historiador, fuera del señor Encina, que diga lo contrario, y cuanto hombre de estudio ha leído su obra, le ha hecho el mismo reparo: desprecio por el documento e interpretación muchas veces arbitraria de los sucesos que examina, casi siempre, con

criterio esencialmente liberal, patronatista y manchesteriano.

"Si en el documento original hay un eco del pasado que se adentra en nosotros y nos intensifica la representación" hay que tener más respeto por él y señalarlo al lector, estudioso, para que si lo desea compruebe la afirmación del historiador.

Con esta teoría puesta en práctica en su "Historia de Chile" el autor hecha por tierra la obra de todos nuestros historiadores. Don Domingo Amunátegui Solar, que aún cuando no es el desideratum como historiador pero cuya obra merece el respeto de todos los estudiosos, decía refiriéndose a nuestro autor: "Ha llegado, pues, el momento de estudiar nuestra vida política y nuestra vida social sobre la base de los principios científicos, pero al respaldo de los documentos que nos dieron a conocer D. Claudio Gay y D. Diego Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna, Errázuriz y Sotomayor Valdés, Bulnes y Medina. Para que un libro de historia inspire la fe necesaria, es indispensable que el autor cite al pie de cada página, y a los fines de cada línea, el documento en que funda sus propios juicios. El lector de nuestros días no siente confianza en aquellas obras que aparecen sin cita de ninguna clase y sólo garanti-

zadas por el criterio de quien las ha compuesto" (1).

Humberto Muñoz, que pertenece a la nueva generación de historiadores, sacerdote de una mentalidad muy distinta a la de Amunátegui, piensa en esto lo mismo que él; Muñoz, en el comentario hecho sobre una obra histórica aparecida hace poco, decía: "alabo en el autor la costumbre de citar con prolijidad los documentos. Nunca me ha convencido aquello de que un libro con citas es como un edificio con andamiaje. El historiador no puede pretender que se le crea bajo su sola palabra, sino que el lector tiene derecho a conocer las fuentes, las pruebas de lo que se afirma. ¡Hay tantos escritores que se contradicen y falsifican la Historia!". (2).

El Sr. Encina, a través de las páginas de los dos volúmenes, que hemos leído, pretende destruír casi toda la obra realizada por los historiadores que lo han precedido; según él, ninguno de nuestros grandes arquitectos de la historia, hizo nada duradero. Amunátegui, Solar y Montebruno, defendieron a Barros Arana de las acerbas críticas del Sr. En-

1).—Carta a Don Julio Montebruno, publicada en la "Revista Chilena de Historia y Geografía". — N.º 106, págs. 21 y 22.

2).—"Un libro interesante". — "Diario Ilustrado". 19-3-47.

cina, nosotros no pretendemos defender a nadie, pero nos extraña que desconozca la obra monumental realizada por Barros Arana, por Errázuriz y otros, cuando en cada página de su "Historia de Chile" estamos viendo cuanto les debe. Barros Arana fué un hombre funesto para la Iglesia, cuyo sectarismo recalcitrante erigió en sistema la educación atea, pero su "Historia General" es, con todos sus defectos, que son muchos, un monumento, una fuente, una mina de oro, para los historiadores. Al Sr. Errázuriz, le debemos las únicas noticias serias que hay sobre los primeros períodos de la Iglesia en Chile, y el autor, como no está de acuerdo con él en sus juicios sobre algunos Obispos, dice en el segundo tomo, que aquel acomoda de tal manera los hechos hasta que logra presentar bien a los personajes eclesiásticos. No hay tal, lo que sucede es que el Sr. Errázuriz, narra sencillamente los sucesos y el autor de la "Historia de Chile", interpreta el documento de acuerdo con sus "disposiciones sentimentales y su estructura cerebral". (3). En los "Orígenes de la Iglesia Chilena", como en todas sus obras, don Crescente, condena sin reticencias a aquellos Obispos y sacerdotes que, a

3).—"La Literatura Histórica Chilena y el concepto actual de la Historia". —(Pág. 231).

su juicio, no cumplieron con su deber: en las páginas 483 y siguientes, aparece esa sombría semblanza de Fray Reginaldo de Lizárraga, tercer Obispo de la Imperial; entre tanto el Sr. Encina aplaude la actitud de este Prelado y condena a casi todos los demás.

Es cierto, y ya lo dijimos comentando el primer tomo de la "Historia de Chile", que el autor ha realizado una labor inmensa; pero al interpretar los acontecimientos, su intuición genial ha traicionado al historiador.

Sin perjuicio de lo que hemos dicho acerca de la bondad de esta obra, leyendo el segundo volúmen, pensamos que el Sr. Encina se equivocó en el título, con más propiedad debió denominarla: "Interpretación liberal de la Historia de Chile". Los críticos que han elogiado sin reservas la nueva "Historia" de nuestro país, o no la han leído íntegra o desconocen el pasado eclesiástico chileno. Del segundo tomo tendríamos que decir lo mismo que aquello que dijimos del primero: todo lo soluciona el autor con el misticismo y el iluminismo de eclesiásticos y de laicos: cualquiera que se preocupaba de la suerte del indio era místico o iluminado, aún cuando fuera un clérigo de conducta poco edificante o un conquistador o encomendero de vida licenciosa. Así es muy fácil explicar los hechos.

D. Crescente Errázuriz, citando documentos, prueba el bien inmenso que produjo la tasa de Gamboa en la Colonia, (4) y el Sr. Encina con su sola autoridad, que aún cuando sea muy grande no tiene valor de prueba documental, dice todo lo contrario y responsabiliza del desastre a lo que él llama "ilusionismo de los Obispos" (pág. 112 y sigs.). Este iluminismo, que no es otra cosa que la justicia social y la caridad de la Iglesia en acción, hiere los sentimientos liberales del Sr. Encina. Eso es todo.

Para el autor de la "Historia de Chile" en su sistema de interpretación, considera imposible que los sacerdotes de la conquista, pudieran inculcar el cumplimiento de sus deberes religiosos a los indios: "Sólo los cerebros delirantes de Fray Gil González, del Obispo San Miguel y de los jesuítas, podían albergar la ilusión de inculcar las concepciones abstractas y los sentimientos dulces del cristianismo a los aborígenes chilenos".

¿De dónde sacó que son abstractas las prácticas cristianas? Habrá algo más concreto que los mandamientos de la ley de Dios, por ejemplo? Llevar a los indios a Misa, enseñarles a oírla, inducirlos al descanso dominical, al amor y honra de los padres, a la honestidad de

4).—"Orígenes de la Iglesia Chilena".— Págs. 347 y siguiente.

la vida, a la honradez y a la justicia, son cosas esencialmente prácticas y no muy difíciles de aprender; aún por los más rudos, y de hecho con el tiempo y contra todo lo que dice el historiador, los naturales se sometieron a las prácticas religiosas.

Es ininteligible aquello del "sentimiento místico extrañado pero respetable" de que habla el autor (pág. 262) cuando alude a los memoriales que enviaba al monarca el Obispo Antonio de San Miguel y en los cuales le expresaba que mientras permaneciera en su puesto el Gobernador Sotomayor "era quimera el pensar en la abolición del servicio personal forzoso y en la disminución del trabajo a que el pobre indígena se veía compelido" (5). ¿Acaso puede ser respetable un sentimiento extraviado?, se extravía quien pierde el buen camino, o la ruta de la verdad; está extraviado aquel que coloca las cosas en un lugar diferente del que deben estar y por consiguiente, en buena lógica, un sentimiento extraviado no es digno de respeto sino de condenación; los sentimientos humanitarios y justicieros del señor San Miguel son respetables pero extraviados según el criterio liberal del Sr. Encina.

En el tomo primero, cuando el autor

5).—"Orígenes de la Iglesia Chilena".— Págs. 393.

hablaba de la Iglesia o de la Religión, lo hacía con respeto, en éste, ha cambiado de actitud: con una ironía que no es digna del severo tribunal de la historia, se refiere, por ejemplo, en la página 350 a los cronistas eclesiásticos que narraron las pendencias de Ribera "con cierto temor mal disimulado, como si el hecho de referirla los expusiera, si no a la condenación eterna, a lo menos a algunos chamuscones en el purgatorio".

Con gran sentimiento nos vemos impelidos a rectificar al Sr. Encina: D. Crescente Errázuriz en el capítulo XVI del primer tomo de los "Seis años de la Historia de Chile", narra con prolijidad y sin temor, los escándalos del Gobernador Ribera ¿quiere aún más detalles? eso ya no sería escribir historia sino novelones históricos de cuarto orden; quisiéramos saber ¿qué otro historiador eclesiástico fuera de Errázuriz se ha ocupado de escudriñar con prolijidad esa época? (6).

Al autor le disgusta que los historiadores eclesiásticos no elogiaran a Ribera, no podían hacerlo, porque fué un gobernante excesivamente patronatista y arbitrario con la autoridad eclesiástica. ¿Se olvida el Sr. Encina que los eclesiás-

---

6).—Monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre y el Obispo Mons. Silva Cotapos, en sus obras, se refieren muy superficialmente a esta época.

ticos somos hijos de la Iglesia? y sólo un hijo desnaturalizado aplaude a los que ultrajan a su madre; el único sacerdote que admiró a Ribera fué el padre Valdivia y el mismo autor nos dice que ese religioso padecía de "trastorno cerebral". (Pág. 395) "A confesión de parte, relevo de prueba". No se trataba de defender a un Obispo, hombre al fín, sino los derechos Sagrados de la Iglesia. Sabemos, como lo expresa el Sr. Encina, en el tercer tomo, que también el padre Valdivia se enemistó con Ribera a raíz del martirio de Elicura. Es evidente que esta vez el gobernador tenía razones poderosas para censurar al religioso.

Además la ironía y la burla no son las mejores sentencias, que el lector espera, de un juez sereno y justo como debe ser el historiador . Si los cronistas temieran a los "chamuscones en el purgatorio", el Sr. Encina no ha temido chamuscar la historia por la seriedad, que es parte esencial de esta ciencia.

La admiración del autor por el patronatista Gobernador Ribera, lo lleva a denigrar la personalidad máxima del Sr. Pérez de Espinosa, de quien llega a decir, sin probarlo, por cierto, "que jamás desperdició la oportunidad de provocar un conflicto o un escándalo, cuando sentía el terreno firme bajo sus pies. Pocos pendencieros fueron más dueños

de sí mismos, y ninguno a excedido hoy en Chile su habilidad para encaminar en su favor las peleas y en la destreza para sacar partido a los traspiés del enemigo". (pág. 359). Y esto lo dice comentando unos acápites truncos de la favorable opinión que le merece al Sr. Errázuriz la actitud beligerante del eminente Obispo Pérez de Espinosa. Cuando D. Crescente termina el primer párrafo citado por el Sr. Encina, se hace esta pregunta: ¿Es fundado semejante juicio? (7), interrogación que el autor de la "Historia de Chile" pasa por alto.

El viejo cronista de la Conquista y de la Colonia, con su peculiar buen sentido vasco, llega a la conclusión de que si el Sr. Pérez de Espinosa buscó alguna vez la lucha, fué en defensa de la Iglesia, cuya libertad y prestigio tenía la obligación imperiosa de cuidar, y cree, con razón, que el quinto Obispo de Santiago, defendía siempre la verdad, porque "siempre que esos conflictos y esas luchas llegaron a decidirse, el Obispo obtuvo el triunfo sobre sus adversarios, y quienes le dieron siempre la razón no fueron el Papa o el juez eclesiástico, sino los jueces civiles y los oidores, eternos émulos en América de las autorida-

---

7).—"Seis años de la Historia de Chile". —Pág. 129.

des diocesanas" (8); esta respetable opinión no la transcribe el autor de la nueva "Historia de Chile", tampoco alude a aquello que decía el Sr. Errázuriz, sobre el Sr. Pérez de Espinosa, que en la polémica que sostuvo con el Padre Villalón acerca del jesuíta Luis de Valdivia, en el "Estandarte Católico": "Más de doscientos cincuenta años hace que murió el señor D. Fray Pérez de Espinosa, quinto Obispo de Santiago y desde muy antiguo ha quedado su nombre como el tipo de un Obispo batallador a lo cual han contribuído no pocos historiadores respetables. Después de dos siglos y medio, encuentro en los archivos de Indias la correspondencia del Sr. Pérez y la de los diversos Gobernadores que en su tiempo tuvo Chile. Del estudio de esas diversas cartas aparece con claridad que el Obispo no provocó las luchas en que hubo de figurar, que muchas veces soportó los desmanes de las autoridades civiles y que si llegó a excomulgar a Alfonso de Ribera, fueron tales las causas de esta grave medida que hasta la Audiencia de Lima hubo de aprobar su conducta" (9).

¿Conocía el Sr. Encina estos juicios del Sr. Errázuriz? Como historiador no

8).—"Seis años de la Historia de Chile". —Pág. 130, tomo II.

9).—"Crescente Errázuriz". — Estudios históricos, selección y notas de Raúl Silva Castro". — Pág. 89.

puede ignorarlos y si estaba en antecedente de ellos ¿por qué no los citó? Interpretando e intuyendo no siempre se puede escribir la historia de un pueblo.

Pérez de Espinosa, defendió a la Iglesia del regalismo colonial; es el primero y grande enemigo de las prerrogativas reales en el orden eclesiástico, el Obispo no se doblegó nunca ante los poderosos, como algunas veces lo hicieron sus antecesores, lo cual, sin duda, dejó estupefactos a los partidarios de las regalías monárquicas; amparó decididamente a los indios y con singular prudencia, para no echarse nuevos enemigos, trató de moralizar al clero. Pérez fué sin duda un carácter fuerte y a veces cometió injusticias pero pronto volvió "sobre sus pasos y no regateó las merecidas alabanzas al que por error había deprimido. Porque el carácter del Sr. Pérez de Espinosa es, en toda la extensión de la palabra, un noble carácter" (10).

Un sacerdote de personalidad tan recia no podía serle simpático a un historiador que interpreta el pasado con sentido liberal regalista.

Cuando esboza la figura del Padre Luis de Valdivia, la pasión del Sr. Encina se desborda. ¡Qué pecado capital el de aquel benemérito religioso! ¡Ah!,

---

10).—"Seis años de la Historia de Chile". Pág. 131. — Tomo II.

¿cuántos males sociales se habrían evitado, si los conquistadores, encomenderos y señores feudales de esa época, hubieran escuchado la voz de Obispos y frailes que pedían justicia para los indígenas? El comunismo reivindicador, con todo su cortejo de odios, no habría echado raíces en América! Cierto fué que se cometieron imprudencias graves y errores como los del padre Valdivia y que muchas veces también los hombres de la Iglesia fueron ilusos y pudieron haber aplicado mejor los principios cristianos, pero de ahí a creer que todo lo que se hizo, en bien de los naturales, fué fruto de cerebros "místicos extraviados" o de "neuróticos" hay un abismo; nosotros carecemos de intuición, pero creemos que todo aquello no tuvo otra causa que el atraso de la época.

Todos estamos de acuerdo en que el Padre Valdivia sufría de neurosis, pero ella no lo imposibilitaba para trabajar en favor de los indios.

El Sr. Errázuriz y Humberto Muñoz, opinan lo mismo que el Sr. Encina, respecto al carácter del Padre Valdivia, pero no interpretan ni intuyen sino que, como historiadores, se limitan a exponer los hechos con cordura y serenidad.

D. Crescente Errázuriz, en el tomo primero de su "Historia de Chile durante los Gobiernos de García de Ramón y Merlo de la Fuente y Jaraquemada", de-

dica los capítulos V, IX y parte del XXIII al Padre Luis de Valdivia y con qué discreción y buen sentido refiere todas sus actividades; la misma prudencia emplea Monseñor Errázuriz cuando censura al jesuíta en esa brillante y elevada polémica que sostuvo en "El Estandarte Católico" con el padre Zoilo Villalón, S. J. El P. Valdivia fué duramente criticado por el Sr. Errázuriz, porque a instancias suyas el rey nombró, de nuevo, Gobernador de Chile a Alonso de Ribera con lo cual "arrojó fea mancha sobre su nombre" (11).

Humberto Muñoz, en su libro "Movimientos sociales de la Colonia" pág. 82 y siguientes, con la altura de miras del verdadero historiador, examina la conducta del Padre Valdivia y lo coloca en el lugar que le corresponde con todas sus cualidades y defectos, sin denigrarlo.

En este segundo tomo, trasciende, tal vez, más que en el primero, la mentalidad liberal manchesteriana y regalista del autor, defecto que le resta imparcialidad a sus opiniones.

Fuera de las cosas que rectificamos, a nuestro juicio, no hay otros errores de grande importancia.

Como el Sr. Encina es un profundo conocedor de nuestra historia, nos pre-

---

11).—"Estudios históricos. Selección y notas de Raúl Silva Castro". — Pág. 89.

senta muchos acontecimientos que se escaparon a los antiguos historiadores y aclara, también, no pocos puntos obscuros de nuestro pasado.

El autor en su afán de interpretar e intuír tuerce y retuerce tanto los hechos que a veces llega a desfigurarlos.

Si prescindiera, un poco, de su mentalidad liberal y fuera menos intuitivo y más científico, sería el verdadero historiador que todos tenemos derecho a esperar de su saber y talento.

Nos parece oportuno terminar con unas palabras que Jaime Eyzaguirre dijo a D. Jorge Onfray Barros en una entrevista que le hizo al autor de "O'Higgins" para Zig-Zag (12): "En seguida se enfrenta con el supuesto dilema: O Barros Arana o Encina:

Mientras Eyzaguirre define los rasgos y las condiciones de uno y otro, me las repite, ampliándolas; mientras agota el doble elogio y paralelo, de pronto Barros Arana se me figura una mole de magnífica piedra, por su paciencia y constancia, y Encina, una planta permeable y sensitiva, por su ansia de adivinar. "El uno, de corta imaginación, sin psicología y escasa sensibilidad artística —concluye—, fué sin embargo, el gran ordenador de las cosas insabidas, y su labor es la piedra angular de todo estu-

12).—"Zig-Zag". — 8-VIII-1946.

dio serio de nuestra historia. El otro, con sus discutibles y luminosas intuiciones, con esa rapidéz que suele ser enemiga de la exactitud, es el interpretador audaz, subjetivo, que capta y traduce con brillo la síntesis de los hechos.

"Es pueril averiguar cual de las dos tendencias deba preferirse. Creo que en el fondo ambas son necesarias y han de compenetrarse: el punto de partida ha de ser siempre la investigación paciente y erudita; la interpretación profunda y la visión artística han de venir después. Sólo la armónica correlación de estas tendencias puede devolvernos la imagen firme, segura, a la vez que dinámica y vital del pasado".

# TOMO III

Se ha dicho que la Historia de Chile del señor Encina ha sido duramente criticada porque nos muestra en forma nueva la verdad sobre el pasado de Chile. Esto es una ingenuidad inaceptable. Nadie, fuera de un reducidísimo grupo de gente retrógrada, sin ninguna significación intelectual, han atacado la obra porque sigue un camino nuevo. No. Lo que ha censurado casi toda la gente sensata, entendida en historia, es ese prurito de interpretar en forma antojadiza todos los acontecimientos con mentalidad liberal manchesteriana, es ese afán de hacer sugerencias e intuiciones muy personales, que en lugar de acercarnos a la visión real del devenir histórico nos aleja infinitamente de él.

La misión del historiador es buscar la verdad, y quien piense de otro modo desconocería absolutamente el significado de la historia; en esta investigación hay que encontrar la verdad objetiva, absoluta, no una verdad subjetiva, relativa o personal que está en contraposición con aquella; el error, como afirma con certeza un crítico es "creer que "su" verdad es la verdad absoluta; confundir el punto de vista de

sus personales deducciones con una iluminación adivinatoria de incuestionable veracidad —según él— para su criterio de historiador".

Nosotros no nos hemos ofendido cuando el señor Encina cuenta, por ejemplo, en este tomo III —basado en sólida documentación— las reyertas internas de las órdenes religiosas y las peleas que entre ellas hubo. (págs. 412-425). Así sucedió, paciencia, y no nos queda otra cosa que sacar de esas bajezas una dura experiencia para elevar nuestra vida presente.

Pero así como aceptamos siempre la verdad donde quiera que resplandezca tenemos que rechazar algunas afirmaciones e interpretaciones que hace el autor en el 3er. tomo de su interesante obra.

En la pág. 42 dogmatiza sobre un asunto en el cual es absolutamente incompetente; dice con su natural arrogancia que "El conquistador primero y el poblador más tarde, no cometían un acto inmoral al engendrar cuantos hijos les era posible" y poco después agrega, sin reticencias, en ese tono absoluto peculiar en él: "Era un simple acto vital, consentido por el hábito sin repercuciones afectivas de alcance moral" (pág. 42 y 43), y termina el párrafo cuarto, afirmando una verdadera aberración, que es la prueba más rotun-

da de la incompetencia o inhabilidad del Sr. Encina para tratar el problema moral". Aunque parezca un contrasentido, —(él mismo trata de explicar la monstruosidad de su afirmación)— en más de un aspecto, la poligamia y la barraganía contribuyeron a crear la alta moralidad de la familia chilena colonial. El varón, casi siempre apremiado para cumplir sus deberes sexuales, cesó de ser piedra de toque de la virtud de doncellas y de casadas. Sirvieron también de pararrayos contra los peligros para la castidad que entraña el soldado; el exámen minucioso de los documentos revela que la compostura de doncellas por la tropa invernante en Santiago, que tanto preocupó al clero, a la Audiencia y a los Virreyes, se limitó al ayuntamiento del soldado con indias y mestizas jóvenes, que no hacían parte de la familia española" (pág. 43).

Todo esto se reduce a la moral utilitarista, condenada por el sentido común, porque ataca directamente el objeto de la verdadera moral que señala al hombre el camino del bien y le hace comprender la bondad o malicia de sus actos.

La moralidad es una, eterna, objetiva y nunca atenta contra las leyes inmutables que Dios estableció; en este caso el Sr. Encina está aprobando el hecho inmoral de la barraganía, porque los

conquistadores o soldados lo practicaban con las indias y no con las españolas; y con el fin de poblar a Chile.

La idea del deber, trascendente y eterna, se funda en la idea del bien y ella es tan antigua como el hombre, existía antes que los filósofos inventaran esta moral utilitarista, base de los argumentos del autor para probar la licitud de las inmoralidades de los conquistadores y soldados de Chile. Según Santo Tomás de Aquino esta es una idea de sentido común, "independiente en cierto modo, de la reflexión filosófica, dentro de los límites que separan las ideas confusas de las ideas claras" (1).

Así pues el sentido común plantea el problema moral de una manera trascendente y absoluta, revelándonos el bien como una realidad objetiva, de la cual dependemos, PERO QUE NO DEPENDE DE NOSOTROS. "Distingue tres especies de bien: el bien sensible o meramente deleitable, el bien útil en orden a un fin, y el bien honesto. El animal descansa en el primero y por el instinto utiliza el segundo sin ver su razón de ser en el fin para el cual lo usa. Sólo el hombre, por su razón conoce la utilidad o la razón de ser del medio en el fín, y sólo él conoce y puede amar el bien honesto. Este últi-

(1) "La Moral y Las Morales", de M. S. Gillet, pág. 192. Ed. Sta. Catalina.

mo se le muestra como, bien en sí mismo, deseable únicamente porque es conforme a la recta razón, porque se muestra como la perfección normal y completa del hombre como hombre (como racional y no como animal). Es bien en sí mismo, independientemente del placer que en el se halle y de las ventajas que ofrezca para conocer la verdad, para amarla sobre todas las cosas, para obrar en todo según la recta razón, para ser prudente, justo, fuerte y templado. Más aún: este bien honesto o racional se nos muestra como un fín obligatorio en sí mismo: todo hombre comprende que un ser razonable debe tener una conducta conforme a la recta razón, así como esta misma es conforme a los principios absolutos del ser. Ahí está el origen racional de la noción del deber: "Haz lo que debes, pase lo que pase" (2).

Siendo el bien una realidad objetiva al cual el hombre está subordinado no podemos hacerlo depender de nosotros, y por eso aún cuando era útil aumentar la población de Chile, en esos años de la Conquista, no se podría atropellar la moral que se funda en ese bien absoluto.

---

(2) Garrigou Lagrange "El Sentido Común, la filosofía del Ser y las fórmulas dogmáticas". París. Nouvelle. Librairie Nacional. 2.a Ed.

La conciencia nos está diciendo que es injusto adueñarse de algo sobre lo cual el hombre no ha adquirido dominio y si esas mujeres aún cuando fueran indias —que también son seres humanos, a pesar de lo que dice el Sr. Encina— no eran las suyas, los conquistadores y soldados, estaban imposibilitados moralmente para engendrar hijos en ellas. Citaremos ahora un escritor clásico al poeta y novelista Manzoni: "El sentido común dice realmente que la utilidad, en último grado, no puede estar en oposición con la justicia y lo dice, no por efecto de observaciones que nunca podrían llegar al último grado, sino por deducción inmediata, obvia y hasta diré cuasi inevitable del concepto de justicia. En este concepto encuéntrase comprendido el de retribución, esto es, de recompensa y de castigo; y el concepto de justicia se resolvería en contradicción monstruosa, o por mejor decir, no sería posible, si la retribución hubiese de realizarse al revés, y de las obras conformes con la justicia hubiera de venir definitivamente daño, que es lo mismo que decir castigo, a su autor o viceversa" (3). Para esto no hay necesidad de ser muy católico, es cuestión, como dicen todos los moralistas, de sentido común y no puede afirmarse, sin

(3) "Observaciones sobre la Moral Católica", pág. 282.

faltar a la verdad objetiva, que aquella poligamia y barraganía colonial, "no sólo llevaba implícita la ausencia de inmoralidad siciológica sino que también permitió su coexistencia con la alta moralidad de la vida social" (pág. 42).

No hemos tenido la prolijidad de enumerar las veces que el Señor Encina habla de los desconformados cerebrales, en este tomo; (lo estamos haciendo en el 4.o) pero es un hecho que el historiador califica así a todo aquel gobernante o eclesiástico que tomó una medida en beneficio de los indios. El autor tiene perfecto derecho a considerar desatinada la conducta de algunos individuos —y en muchos casos estamos en absoluto acuerdo con sus apreciaciones— pero no puede, en nombre de "su intuición" explicar esos desaciertos, motejando a aquellos que los cometieron, de "desconformados cerebrales", si nos guiamos por este criterio tan "sui generis" entonces no queda exento de tal anomalía cerebral, ningún gobernante ni Prelado de Chile. ¿Cuál de ellos se atrevería a lanzar la primera piedra?

Muchos lectores sorprendidos, al encontrar tantas veces, en la obra un mismo juicio casi siempre intuitivo, acerca de la conformación cerebral de los individuos, se van a sentir impelidos irresistiblemente a darle a él, el título bien poco honroso de "desconformado cere-

bral" y el autor tendrá que aceptarlo porque él les ha señalado el camino.

El con su sola autoridad sin exhibir documentos, no está autorizado para calificar de tendenciosas las informaciones de los jesuítas (pág. 358) en las cuales exponían el mal trato que daban a los indios los depositarios, si el historiador, despojándose de su carácter de tal, tiene interés en prestigiar el régimen existente, debe probarlo no sólo con unas líneas aisladas del Gobernador Garro sino con abundante documentación, y no insultando gratuitamente a una Orden Religiosa cuya actuación merece la gratitud del país; el mismo autor reconoce desinterés en las actividades de la Compañía de Jesús.

Lejos de rehuir el contacto de los elementos superiores de la sociedad, los busca empeñosamente, no por ellos mismos ni por espíritu aristocrático o prejuicio social, sino porque siente instintivamente que sólo sobre ellos se puede asentar una sociedad terrenal superior, basada en el respeto humano, la justicia y la caridad. Aspiró desde el primer instante a dirigirse a estos elementos superiores y a los poderosos de la tierra, NO EN EL SENTIDO DE SU PROPIO INTERES, sino en el de un cristianismo templado que, sin chocar de frente con el sino histórico de los pueblos y con el desarrollo de la perso-

nalidad humana, los empujara hacia el camino que conduce a la salvación eterna" (pág. 423). ¿Puede concebirse una labor más ennoblecedora de la personalidad humana? Cualquiera que estudie la historia de Chile con criterio desapasionado y sin extrañas intuiciones, tendrá que concordar en que la Compañía de Jesús realizó la mayor actividad cultural de la Colonia.

Más adelante prueba otra vez su aversión hacia todo aquel que quería el bienestar de los naturales, y al estudiar la dinámica y católica personalidad del último gobernador del siglo XVII D. Tomás Marín de Poveda dice que "era la antitésis mental de Garro. Comulgaba con las creencias e ilusiones de su época; y mucho menos sensato e inteligente era un instrumento fácil de ser manejado por los jesuítas y los misioneros. Se orientó, pues, desde el primer momento hacia la conquista espiritual de Arauco por medio de las misiones" (pág. 376). El autor no concibe que alguien pudiera "emplear de preferencia las armas espirituales en la pacificación de Arauco" (pág. 377) y esta es la razón del juicio adverso que le merece la labor de Marín de Poveda, y para él es un iluso, un místico y un insensato sólo porque deseaba salvar las almas de los indios. Sin ninguna prueba, con su sola dudosa autoridad, pre-

tende echar por tierra la actuación misionera del Gobernador y de los jesuítas negando perentoriamente la autenticidad de los datos estadísticos que enviaba Marín de Poveda al Rey en carta del 28 de Abril de 1695. "La realidad era bien diferente. En estos datos había bastantes invenciones conscientemente fraguadas por los misioneros para justificar su labor; muchos subterfugios; y el resto sólo era ilusión de los religiosos" (pág. 378).

Puede ser que en estos datos haya mucha exageración y es lo más probable, porque el mandatario deseaba congraciarse con el Rey, pero el autor no puede desmentirlos en forma tan rotunda, sin mostrar el documento probatorio; su testimonio no basta, no es suficiente, no satisface a ningún estudioso.

El Sr. Encina ha incurrido de nuevo en un grave delito contra las severas leyes de la historiografía.

En la página 390 juzga a Marín de Poveda como un hombre "desinteresado, activo en el ejercicio de su cargo" y de un carácter caballeroso" y en la 394 dice que "el gobernante de sentido común, comprende que la conquista sólo es posible y en el correr del tiempo, por la lenta influencia de la civilización superior acompañada del mestizaje, resultante ineludible del contacto de razas y

quería acelerarla, acercando a las fronteras de Arauco un gran núcleo de población española. Y, por último, el militar de cortos alcances pero de cierta intuición en los momentos de peligro inmediato. discurre arbitrios de dudosa eficacia para afianzar la seguridad material de la población española, mientras el contacto espiritual disuelve el alma mapuche y las sangres se refunden en la nueva raza". (pág.' 394).

De todo esto se desprende que el gobernador era desinteresado, trabajador, caballero y no carecía tampoco de aquel don que tanto aprecia el autor —la intuición y que es cualidad indispensable en un estadista.

¿Qué más condiciones quiere el historiador para un gobernante de la colonia?

De todo esto, uno saca siempre la misma conclución: las autoridades civiles y eclesiásticas que deseaban salvar las almas de los naturales y civilizarlos pacíficamente, le son siempre antipáticos, y vaya un ejemplo bien exacto: cuando Marín de Poveda consultó a la Junta de Teólogos para orientarse acerca de la forma cómo debía actuar ante la rebelión de los indios en Quepe, el Sr. Encina parece que se congratula con el mandatario: "Tuvo también el gobernador la felíz idea de reunir una junta de teólogos, presidida por el Obispo

Fray Bernardo Carrasco. LOS ECLESIASTICOS ERAN EN GENERAL CUERDOS. A diferencia del grupo de alucinados que formaban los misioneros, tenían conciencia de la responsabilidad de la suerte de su colonia de las vidas de sus pobladores; y por unanimidad, la junta "declaró que era justicia oprimir a los indios con las armas y esencial a la defensa natural de las provincias amigas". Hasta a los sacerdotes... los encuentra cuerdos cuando se lanzaban contra los indios.

En el Capítulo XVIII dedicado a la Iglesia hace justicia a los grandes Obispos, a las relevantes figuras de Fray Juan Pérez de Espinoza, de don Francisco Salcedo, de Fray Gaspar de Villarroel y Fray Bernardo Carrasco y Saavedra. Nada nuevo nos agrega acerca de estos pontífices ejemplares, conocemos su valer y por eso ya habíamos defendido el Sr. Pérez de Espinosa en nuestro estudio anterior —comentando el II tomo. Hay una manifiesta contradicción en los juicios del autor acerca de este Prelado: en el tomo segundo lo deja como un hombre imprudente y de pésimo juicio, opinión que vuelve a emitir en este mismo volúmen en las páginas 513-514. "El Sr. Pérez de Espinoza —expresa— fué un verdadero genio de la camorra. Su espíritu batallador y la destreza con que abatía a los adversa-

rios, no han sido excedidos en todo el curso de la Historia de Chile y nimban su figura con una aureola no exenta de grandeza. Al lado suyo, los demás prelados no pasan de ser vulgares denunciantes de la conducta de los presidentes y oidores o simples frailes quisquillosos" (pág. 513-514). En la página 397 nos había hecho de él el siguiente justiciero elogio: "En el gobierno interior de la Iglesia fué un Prelado áspero, duro consigo mismo y con sus subalternos; pero honesto, laborioso, SENSATO e inflexible en el cumplimiento del deber" y algunos renglones más abajo dice: "El Sr. Pérez de Espinoza no conocía la prudencia; tampoco había recibido en dote el don de mando que permite hacerse obedecer sin rozamientos ni choques; pero en todo caso, hizo honor a la Iglesia Chilena" (pág. 398).

No entiendo este cúmulo de contradicciones. ¿Cómo podía ser sensato y honrar a la Iglesia un Prelado imprudente y pendenciero? Sensato es el hombre prudente, cuerdo y juicioso, y en realidad así era aquel virtuoso pastor y por eso mismo resistía con energía la intromisión del poder secular en la Iglesia; el autor reconoce que era "inflexible en el cumplimiento de su deber". Con estas contradicciones el Sr. Encina atenta contra su mismo prestigio del historiador.

Del largo estudio que dedica a la Compañía de Jesús uno llega a la conclusión que a pesar de la refinada malicia con que lo ha hecho, para negarle toda la grandeza y superioridad a los hijos de Loyola, esa orden religiosa contribuyó con pujanza más que ninguna otra institución pública y privada al progreso de la Colonia.

En algunos párrafos tiene ideas que son absolutamente condenables en las cuales se observa la incompetencia del autor para tratar cuestiones de índole religiosa.

Uno se queda perplejo ante las genialidades del Sr. Encina: es un absurdo, por ejemplo, decir que la Compañía "es un simple eco de la reforma" porque "su fondo vital es el mismo: la conciliación de una fe viva con una vida terrenal también muy activa", (pág. 421) esto es lo contrario, lo más opuesto al fin de la Compañía, ella se fundó precisamente para atacar de raíz la herejía de Lutero, el protestantismo proclama la fe sin obras y no "una fe viva terrenal muy activa", esta es la doctrina de la Iglesia y por ende de los Jesuítas, entre tanto que los luteranos niegan la fe vivida en las obras, estos practican la fiducia, una especie de confianza en la fe prescindiendo de las obras buenas. ¿Podrá haber algo más opuesto entre la concepción de Loyola y la de Lutero?

En la página 445 sostiene "que los frutos de la evangelización por lo que respecta a los mapuches, fueron nulos"; esta es otra aseveración que necesita pruebas contundentes y el autor no exhibe ninguna. Es indudable que siempre es provechosa la enseñanza del Evangelio pero en el indio los resultados no podían verse de inmediato como desea el Sr. Encina.

Cuando habla de la concepción económico-social del gobierno español de la Colonia, interpreta la doctrina cristiana de un modo tan extraño que sólo se explica por la absoluta ignorancia religiosa que ha demostrado el autor a lo largo de toda la obra. "El cristianismo que, en su espíritu genuino es una preparación para la muerte y no para la vida, ni siquiera se planteó el problema de la existencia material de la sociedad cristiana. En vez de dignificar el trabajo del hombre libre y erigirlo en obligación y en virtud, manifestó por él una acendrada antipatía, en cuanto desarrollaba en los fieles el apego a la vida terrenal distrayéndolos de su verdadero fín: el reino de los cielos. Más difícil —dijo Cristo— es que entre un rico en el reino de los cielos que un camello pase por el ojo de una aguja. Siglos más tarde la "Imitación" encarnaba este sentimiento con notable exactitud y vigor, en una frase lapidaria: "Vanidad es

buscar riquezas perecederas y poner en ellas su confianza" (pág. 500).

La esencia del cristianismo consiste en incorporarse al Cuerpo Místico de Cristo, por el Bautismo, y participar de la vida divina mediante la gracia que este sacramento nos confiere para obtener después la vida eterna. El cristiano se prepara para la vida futura viviendo dignamente la presente; el católico que hace honor a su nombre dignifica la vida terrena en el cumplimiento del deber y nadie lo llena santamente sino trabajando.

Nunca la Iglesia ha tenido antipatía por el trabajo, esta es una afirmación injuriosa que podría explicarse en un libelo pero no en una obra seria como presume la suya el señor Encina. Los primeros cristianos y los de todos los tiempos han trabajado para procurarse su sustento; Cristo mismo le ayudó a su padre adoptivo en el banco de carpintero. ¿Podrá entonces el cristianismo despreciar el trabajo, si Cristo mismo lo honró durante los treinta primeros años de su vida?

La frase del Evangelio citada por el autor como anatema contra el rico no tiene la significación que él le dá, sino otra muy distinta: es difícil que entre al reino de los cielos un rico que vive apegado a sus riquezas y hace mal uso de ellas pero el rico que cumple con

su deber, como hay tantos en todas partes, ese tiene abiertas de par en par las puertas de los cielos, y al contrario un pobre ambicioso que reniega de su estado y no trabaja honradamente para mejorar su situación, no alcanzará la felicidad eterna.

El Derecho Eclesiástico ha sostenido siempre, contra el comunismo, la propiedad y los bienes privados, lo cual es un argumento contundente contra la absurda aseveración del Sr. Encina.

Miles años antes que apareciera la Imitación, el sabio israelita, autor del Eclesiastés, había dicho más o menos lo mismo: Vanidad de vanidades —dijo el Cohelet— y todo vanidad" (4) sentencia que en ningún modo significa desprecio por el trabajo sino por los placeres ilícitos. En el hermoso libro de los Proverbios el rey sabio condena muchas veces la ociosidad, vaya un ejemplo: "ve perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio. No tiene capitán, ni rey, ni señor y se prepara en el verano su mantenimiento, reune su comida al tiempo de la mies. O ve a la abeja y aprende como trabaja y produce rica labor, que reyes y simples buscan para sí y todos apetecen, y siendo como es pequeña y flaca, es por su sabiduría tenida en mucha estima". (5)

(4) Lib. Prov. 6, 6, 8.
(5) Eclesiastés 12, 8.

¡Qué mal hace el autor en hablar de cosas que no entiende!

Se impone pues el estudio de nuestra Religión para no hacer el ridículo.

Es tan grande la aversión que siente el autor ante la idea religiosa que informa casi toda la Colonia, que señalando el prestigio del gobierno en el siglo XVII, llega a decir que "vale más que el de España y que el de la generalidad de los países hermanos; y se le hubiera podido extirpar el cáncer místico que royó su vitalidad, poco habría tenido que envidiar a los gobiernos de nuestros días". (pág. 521).

Lo que dió a la Colonia autoridad y prestigio fué precisamente la vida cristiana que llevaron gobernantes y súbditos.

¡Extraño cáncer ese, que tuvo la virtud de purificar nuestra sociedad!

Casi no hay párrafo de la Historia de Chile en el cual no hace algún dicterio contra el misticismo, esto pasa a ser ya una monotonía que rebaja la calidad literaria de la obra.

# TOMO IV y V

A propósito de nuestras crónicas sobre la Historia de Chile de D. Francisco Encina, alguien nos decía que ellas contribuían a propagarla. La verdad es que nosotros escribimos para rectificar ciertas ideas y algunos datos del Sr. Encina y mucho nos agrada contribuír a la difusión de una obra, que aún cuando adolece de graves defectos tiene su valor intrínseco.

Ya hemos dicho que el autor todo lo resuelve en último término con la desconformación cerebral de los hombres que han hecho la historia de Chile. En algunos casos tiene razón, pero en otros yerra absolutamente. Los individuos según la mente del Sr. Encina, son desconformados, insensibles, neuróticos, delirantes, desequilibrados, místicos, (o tontos son términos sinónimos para el historiador) histéricos, etc. Son tantas las veces que el señor Encina estudia la mente humana que a través de sus páginas uno advierte, la obsesión de un mal médico psiquiatra más que la intuición serena del historiador. En estos dos volúmenes quisimos anotar las páginas en que el autor se refiere al cerebro de los personajes; más era

una tarea ímproba, superior a nuestras fuerzas y, confesamos que nos faltó paciencia, porque hubiéramos tenido que señalar las mil trescientas ochenta y seis páginas de ambos tomos.

En todo el decurso de los dos últimos volúmenes, en que estudia el período colonial, obsérvanse los mismos defectos de los tres anteriores, defectos que tal vez el autor no podrá corregir porque se trata de imperfecciones provenientes de su formación, empapada en las ideas liberales manchesterianas y en el concepto puramente materialista de la historia.

El Sr. Encina enfoca los acontecimientos con "su" Intuición personal y subjetiva, fruto precisamente de esa mentalidad ególatra y material que es incapaz de captar los fenómenos sobrenaturales.

Persiste también en su error de esconder el documento; él se satisface con extractar del infolio la imagen del pasado; empero como los lectores temen a la visión... del autor, desean ver en alguna parte la fuente fidedigna y no la encuentran.,

De paso, critica, no pocas veces a los historiadores del siglo XIX, menos a Vicuña Mackenna, porque no intuyeron; sin embargo la intuición lleva muchas veces al señor Encina a hacer consideraciones y a sacar conclusiones que

desvirtúan la realidad histórica chilena. Barros Arana, Crescente Errázuriz y Sotomayor Valdés, no tendrían una visión tan exacta de nuestro pasado, pero en sus páginas, si se exceptúa el primero que es la personificación del sectarismo anti clerical, hay seriedad, ponderación y tolerancia.

No podemos explicarnos cómo el autor se permite condenar la intransigencia de Barros Arana: él cae en el mismo defecto cuando estima el apostolado social de la Iglesia como producto de cerebros extraviados.

——::——

Todos los historiadores, civiles y eclesiásticos, han concordado en afirmar que el clero chileno durante el coloniaje tuvo en general buenas costumbres y tal aureola de prestigio, felizmente subsiste, pero el Sr. Encina intuye acerca de la moral de los hombres de la Iglesia y enfáticamente afirma "que el amancebamiento de los eclesiásticos con las mestizas, no habiendo escándalo, no alarmaba la moral pública ni ofendía a Dios; pero el del mayordomo con la india, o el hijo del patrón con la mestiza, provocaban la cólera divina y desencadenaban sobre el reino todas las calamidades imaginables". No se puede hacer un cargo de esta naturaleza en forma tan arbitraria. ¿De dónde obtuvo este dato el Sr. Encina? nos gustaría co-

nocer el orígen de tal afirmación. Hubo sin duda algunas desgraciadas excepciones de sacerdotes de vida disoluta, pero son casos aislados; en general los eclesiásticos eran de costumbres intachables y vivían conforme a su estado como lo manifestó al Monarca el Obispo Alday.

En los artículos anteriores hemos observado en el autor ese prurito de criticar todo lo que hizo la Iglesia en bien de los indios y ahora tenemos que volver rápidamente sobre esto porque se permite decir que el "apostolado místico fué "una de las calamidades que contrariaron la expansión económica". (T. IV Pág. 202). La obsesión del Sr. Encina ha llegado ya al estado delirante, ¿cómo puede denominar calamidad a la evangelización de los indios? ¿En qué se funda para condenar en esta forma el deseo vehemente de la Iglesia de civilizar, catequizando a los naturales? Nosotros aceptamos que los misioneros algunas veces se equivocaron, pero su ideal es digno de todo respeto aún de los librepensadores, y no puede contarse la evangelización en el número de las calamidades que detuvieron el progreso económico. Tal lenguaje es desusado en un historiador.

Cuando los documentos no están de acuerdo con sus puntos de vista, el señor Encina los rechaza como adultera-

dos, pero cuando puede extraer de ellos alguna prueba para sus teorías, entonces los acoge con verdadera admiración.

Nuevas contradicciones vienen a confirmar lo que decíamos en nuestra crónica anterior sobre las condiciones de historiógrafo del autor. Vaya un ejemplo: "La sociedad chilena del siglo XVII, juzgada a la luz de los documentos, es sin disputa la más moral de la América española y resiste en este terreno la comparación con la del siglo XIX su heredera. Los documentos registran algunos casos de adulterio de la mujer y algunos amancebamientos con escándalo público". (297). En la página siguiente dice: "La sociedad chilena del siglo XVII distaba mucho de ser modelo de perfección moral y mojigatería que pinta el Obispo Villarroel, para probar que el terremoto del 13 de Mayo de 1647 no fué castigo del cielo por los pecados de los pobladores, como pretendían los jesuítas". ¿De qué documento se valió Encina para contradecir al Sr. Villarroel, si el mismo dice en la página anterior que la sociedad chilena del siglo XVII era "sin disputa la más moral de la América Española?

¿Acaso no es fuente insospechable el libro del Obispo Villarroel?

En la misma página 298, renglones más abajo, expresa que la sociedad moralmente vale más que el clero de la

época, si se exceptúa a los jesuítas, algunos prelados eminentes, un corto número de presbíteros y uno que otro religioso que honrarían a la sociedad más severa". Al leer estas frases fuera de las contradicciones que ellas encierran hay que preguntarse ¿Entonces en la época colonial sólo había clero en Chile? porque a juzgar por los documentos contemporáneos las excepciones que hace el autor constituyen casi todo el clero de ese tiempo.

Felizmente no somos nosotros los únicos que vemos este defecto en la obra del señor Encina; hemos leído en el último número de la Revista Chilena de Historia y Geografía, dos eruditos trabajos cuyos autores don Ricardo Donoso y don Raúl Silva Castro, señalan algunas de las innumerables contradicciones en que incurre el autor de la nueva "Historia de Chile" en el prólogo que hizo para la biografía del abate Molina escrita por Januario Espinoza. (1)

Una injuria gratuita infiere el Sr. Encina a los Obispos al dudar de la moralidad de muchos; para él sólo algunos prelados eminentes fueron de buenas costumbres. A lo largo de su propia Historia de Chile nosotros hemos com-

(1) Revista Chilena de Historia y Geografía, N.o 109. Págs. 26-27.

probado la vida ejemplar de todos los pastores de la Iglesia chilena ¿cuáles son entonces los de dudosa moralidad?

Nuestro historiador que tanto desprecia a los místicos tiene que confesar que la evangelización por ellos emprendida fué la que moralizó a nuestra sociedad. El mismo reconoce, con hidalguía, la labor de la Iglesia en este sentido (pág. 354).

En las páginas siguientes cuando se refiere a la evolución mental de Chile, el autor se inclina ante la obra cultural iniciada y mantenida por la Iglesia en la era colonial, aún cuando después en otras páginas se contradiga.

Jamás el clero "en nombre de la caridad cristiana" ha tolerado la mendicidad (417) al contrario la moral sostiene que cuando se da limosna a un desconocido, en la calle, se practica la última de las formas de la caridad; pero no es la Iglesia la llamada a reprimir este verdadero flagelo social de la mendicidad.

En otro artículo habíamos sostenido, contra el sentir del Sr. Encina, que jamás era perdida la obra evangelizadora del clero, ahora en la página 471 tenemos la satisfacción de leer: "Pero el empeño de los religiosos no era enteramente perdido para la civilización". Es otra de las innumerables contradicciones en que incurre el autor.

A estas alturas del siglo XX el historiador sostiene todavía la diferencia de razas a fin de explicar la resistencia que pusieron los araucanos a la civilización occidental.

——::——

En las páginas 152-154 hace el autor unas observaciones muy antojadizas acerca de la soberbia de los prelados españoles y chilenos. Cree el Sr. Encina que una vez libre la jerarquía de las "humillaciones que le impusieron Carlos V y sobre todo Felipe II" por una reacción psicológica elemental, el espíritu de la Iglesia encontró complacencia en humillar y escarnecer a sus ineptos sucesores; en exhibirlos como títeres cuyas cuerdas manejaban a su arbitrio" (152) y agrega, renglones más abajo, "lo que ocurrió en España, ocurrió en Chile". No hay tal, lo que ocurrió es que las pendencias desaparecieron porque como sostiene el Gobernador Avilés ya no se invadían las facultades privativas de los tribunales ni prelados eclesiásticos" (417).

Nuevas contradicciones nos salen al paso. En la página 432 reconoce, con la altura de miras del genuino historiador, la influencia de los jesuítas en la moralidad social y más adelante dice que con la expulsión de la Compañía se disipó la histeria mística que envolvió en un sudario a la Sociedad chilena" (482), y

la histeria mística constituye para el autor el mayor retroceso del coloniaje.

Sin acordarse tal vez de lo que sostuvo en la página 471 del tomo IV ahora nos lanza esta frase que pone bien de manifiesto la mala memoria del autor: "Por otro lado después de un siglo de esfuerzos malgastados, algunos de los jesuítas más cuerdos empezaron a convencerse de la INUTILIDAD de la evangelización" (T. V pág. 518).

---

En este tomo, quinto, tenemos que alabar sin reservas las atinadas y magníficas consideraciones que hace el autor acerca de las clases sociales, de la labor docente de los jesuítas y de la raza chilena, en ellas se deja ver el historiador verdaderamente intuitivo que en el terreno de la verdad objetiva, sin apartarse un ápice de ella, aclara y explica estos aspectos difíciles de nuestra vida nacional.

Que bien, por ejemplo, dilucida el autor el orígen de la diferencia de clases sociales en nuestro país. "En la extructura social chilena, lo que separa a la aristocracia, y especialmente el elemento vasco, de la clase española modesta, es el retraso en esta última, del desarrollo de las aptitudes para adquirir y conservar la riqueza. Aunque sus modestas aptitudes económicas no permiten a la aristocracia sostener la compe-

tencia del europeo o del norteamericano corriente, para la clase modesta chilena constituyeron una barrera impenetrable, que, al revés de lo que ocurría en el siglo XVII, a fines del XVIII sólo logran salvar, mediante el esfuerzo económico, los individuos excepcionalmente dotados. La resistencia de arriba es débil; pero el empuje de abajo es más débil aún".

Las distancias en el temperamento y en el carácter, determinadas por la acumulación de sangres del norte de España en la aristocracia y de sangres del sur en la clase modesta, es tan acentuada, que en el futuro, el predominio de una u otra en el gobierno tendrá, necesariamente, que imprimirle rumbos muy distintos. El vasco realizará un gobierno económico, conservador, sensato y honrado, el meridional se mostrará novedoso, iluso y derrochador.

La barrera que separa al pueblo de las dos clases anteriores, al finalizar la Colonia, no es de simple cultura ni de aptitudes, sino de grado de desarrollo mental. Necesita aún recorrer una larga jornada en el proceso de la evolución cerebral, para que pueda desarrollar las aptitudes y adquirir los hábitos que exige la vida civilizada".

En el párrafo, de las págs. 567-568, que copiamos a continuación, está expresada en maravillosa síntesis el espí-

ritu de los hijos de Ignacio de Loyola, en el orden educacional: "No caeremos en la ingenuidad de rectificar los desatinos que se han escrito sobre los métodos de enseñanza y los programas de los jesuítas. Desde el punto de vista sociológico, lo esencial es el alma de su enseñanza, los ideales que la informaban, su eficacia y la forma cómo la colectividad reaccionó a sus estímulos. Casi todo lo que se ha escrito sobre el alma de la Compañía de Jesús, no pasa de ser una caricatura burda o espiritual; pero al revés de lo que ocurre con las inventivas contra el más poderoso sistema de educación que han conocido las sociedades modernas, los fracasos en las tentativas para aprehender el alma jesuíta, están ampliamente excusados. Ya dijimos que donde se estrelló un Pascal tienen derecho de estrellarse los demás pensadores. Hoy mismo, después de dos siglos de vertiginoso ascenso intelectual, y de las ventajas de la altura desde la cual enfocamos a la Compañía de Jesús, es imposible condensar en una frase o en una imagen su compleja fisonomía espiritual, y hay necesidad de mostrarla, casi en forma negativa, exhibiendo las múltiples facetas de sus contrastes con las demás tendencias y fuerzas espirituales".

Concordamos también plenamente con el historiador cuando señala las causas y

combate la empleomanía y las presunciones intelectuales del proletariado que "envenena el ambiente, enerva la energía creadora y arruina al pueblo joven que no tiene aún vitalidad para torcerle el pescuezo" (p. 579).

Tales defectos los hicieron notar, a mediados del siglo pasado, dos sacerdotes de cerebros muy desiguales pero, de idéntico buen sentido práctico, D. Blas Cañas y D. Joaquín Larraín Gandarillas.

El estudio sobre nuestra raza es de los mejores de cuantos hemos leído. "Las dos primeras clases, o sea la aristocracia y la clase media, están colocadas en el mismo plano de civilización. Sus diferencias, como se dijo, son de temperamento y de carácter, y especialmente de grado de desarrollo de las aptitudes económicas. Su antagonismo, es, más o menos, el que existe en la Península entre vascos y andaluces; pero su posición sociológica es distinta. Mientras en España forman variantes regionales que conviven bajo un mismo Gobierno, en Chile forman dos capas sociales yuxtapuestas, la castellano vasca, dueña de la riqueza y del poder y la andaluza o meridional, que, al finalizar el siglo XVIII, ha sido relegada por la primera a segundo término y vive de los empleos, las profesionales liberales, la milicia y el cultivo de los predios de extensión media.

Esta estratificación es la resultante espontánea de la forma cómo se produjo el cruzamiento de las razas, enteramente opuesto al europeo. Hemos visto que, mientras en los pueblos actuales de Europa el elemento romano civilizado quedó abajo, en condición de siervo, y el poder político y militar pasó a los bárbaros invasores, que se constituyeron en aristocracia, en Chile el aborigen quedó abajo en condición servil y el español civilizado formó la capa superior. De aquí que, aunque las leyes no la estorban, la ascensión del individuo desde el bajo fondo social al primer plano es rarísima en el siglo XVIII, y aún es rara y lenta en el XIX. Desde este punto de vista, se extrema la oposición entre la sociedad chilena y la inglesa de Norteamérica, formada por elementos europeos puros en todas sus capas sociales.

En cambio, si tendemos la mirada a lo largo del territorio desde Copiapó al Bío-Bío, advertimos la más absoluta unidad racial. La gama es la misma desde el desierto hasta los bosques australes; habla un mismo idioma y siente y piensa igual. Entre los pueblos hispanoamericanos, el chileno es el que desembocó a la independencia con más unidad racial. Este es un factor sociológico capital en nuestra evolución histórica. Es, también, el que alcanzó ma-

yor uniformidad de grado de desarrollo mental y de civilización. El abismo que Barros Arana creyó divisar entre la civilización de Santiago y la de las provincias, no va más allá de los edificios, los trajes, las fortunas y las costumbres. Lo esencial, la raza, la sangre, el cerebro, eran los mismos en la capital que en las más insignificantes aldeas. En todas partes la gama étnica era idéntica; y los elementos componentes tenían el mismo grado de desarrollo cerebral y la más perfecta unidad psicológica. A través de las máximas variantes individuales que es posible concebir, el fondo psicológico de Don Pedro León Gallo, nacido en Copiapó, don José Gaspar Marín, nacido en La Serena; don Manuel Montt, nacido en Petorca, don Francisco A. Pinto, nacido en Santiago, don José Ignacio Vergara Urzúa, nacido en Talca, don Miguel Zañartu, nacido en Chillán, Arturo Prat, nacido en San Agustín (Quirihue), y don Joaquín Prieto, nacido en Concepción, es intercambiable".

La verdad muchas veces es amarga, pero sin embargo un historiador no puede callarla aún cuando después se vea asediado por acerbas críticas.

¿Cómo no asentir con el autor en su acertado juicio sobre la incongruencia entre la ideología y la realidad en el

terreno político y social? "La infancia mental no pudo exteriorizarse en el terreno político, sino después de la revolución de la independencia. Si se recorren los escritos y los discursos de los gobernantes hasta llegar a Portales, se advierte que ninguno de ellos tuvo una concepción política en el sentido que el cerebro europeo del siglo XIX da a la expresión. Tal como lo advirtió don Joaquín Campino, ni Rozas, ni Carrera, ni Camilo Henríquez, ni ninguno de los revolucionarios fué capaz de concebir una forma de gobierno. Hicieron la revolución por simples sentimientos, por odio al peninsular, y, enseguida, no se les ocurrió cómo reemplazar al régimen colonial. Las ideologías que les han supuesto los historiadores son meras creaciones de su raciocinio sobre la base de las frases sueltas que los padres de la patria repitieron mecánicamente, como reminiscencia de sus lecturas. La única concepción política anterior a Portales es la de O'Higgins: una dictadura personal orientada al bien público ajena a toda ideología y surgida no de la ambición, sino de la imposibilidad de gobernar en otra forma. Don Juan Egaña fué un simple compilador de reminiscencias greco-romanas, sin concordancia alguna con la realidad social chilena; don José Miguel Infante, un desconforma-

do cerebral que dió en la manía de aplicar a Chile el federalismo yanqui; y la Constitución del 28, que Gandarillas y Egaña vaciaron en la del 33, fué la obra de don José Joaquín de Mora. Entre los hombres que gobernaron durante la anarquía, hubo varios inteligentes, probos y sensatos. Basta recordar al general Pinto y a don Joaquín Campino. Ambos se convencieron de la imposibilidad de gobernar dentro de las constituciones de Egaña, Infante y Mora, y ambos, sintiéndose incapaces de descubrir los pequeños agregados que exigía el dominio de una realidad que estaba pidiendo a gritos ser gobernada, soltaron el timón y dejaron la nave al garete. Pero hay un hecho todavía más sujestivo que manifiesta el estado embrionario de la mentalidad política chilena. Desde 1830, corrió un siglo sin que ni los admiradores ni los enemigos de Portales se dieran cuenta de lo que añadió la constitución del 28 para consolidar el orden, a pesar de haberlo señalado, hace ya tres cuartos de siglo, con la intuición genial del cerebro superior de don Isidoro Errázuriz; y aún hoy en día, se sigue repitiendo que el orden arranca de la constitución de 1833, reflexión que corre pareja con la de suponer que la conducta de un individuo emana del corte y del color del traje que viste. Igual suerte han

corrido las profundas observaciones que, de tarde en tarde, afloran en don Miguel Luis Amunátegui y en Lastarria. Pero donde el fenómeno culmina es en el caso de Alberto Edwards. Salvo para un corto número de cerebros superiores, sus profundas y realistas interpretaciones del desarrollo político-social chileno, dieron bote en tal medida contra la infancia mental, que no solo los cerebros vulgares, sino también el grueso de los profesores e intelectuales se mofaron de ellas. En la impotencia cerebral para entenderlas se les representaba como reaccionario y aún monarquista. Le apodaron despectivamente: "El último pelucón" por la insistencia que gastó en poner de relieve el rol de la aristocracia castellana vasca en la organización política de la República. Sólo después de 1928, cuando se generalizó el conocimiento de la interpretación de la historia de Spengler y el propio Edwards señaló las coincidencias con la suya, los más inteligentes empezaron a tomarlas en serio" (págs. 667-668 y 669).

Ahora y siempre hemos creído que Alberto Edwards, es el primer historiador chileno, el más visionario, el más intuitivo y el más ponderado, entre todos los que ha producido el país.

A pesar de este juicio favorable sobre la obra de Edwards disentimos en algu-

nas opiniones que emite sobre el Arzobispo Valdivieso en su "Fronda Aristocrática" y que repite en "El Gobierno de Don Manuel Montt". Ver en la 2.a Serie de "Hombres de Relieve de la Iglesia Chilena", que ya está imprimiéndose, nuestro estudio sobre el Arzobispo Valdivieso.

El Sr. Encina ha sabido darle a la obra de Edwards la explicación justa y acertada que era menester.

Al terminar la lectura de los cinco primeros volúmenes de la nueva historia de Chile se ve que es urgente y necesario escribir la Historia de la Iglesia Chilena, tal será el único medio eficáz para llenar vacios, aclarar puntos obscuros, rectificar errores y deshacer prejuicios inveterados, que obscurecen el hermoso panorama de nuestra vida eclesiástica.

# TOMOS VI y VII

De la misma manera que hemos rectificado y discutido al Sr. Encina, en estas páginas, algunos puntos relacionados con la época colonial. así también, adelantando algo nuestro juicio sobre los tomos VI y VII, que se refieren a la Independendia, podemos afirmar, con la misma imparcialidad de siempre, que ellos están concebidos con la exactitud y claridad del verdadero historiador y a base de sólida y fehaciente documentación salvo alguno que otro reparo.

Los retratos de nuestros próceres, que hace el Sr. Encina, son los más exactos y animados de cuantos hemos leído hasta ahora, ellos no solo no denigran a los libertadores de Chile, sino al contrario los enaltecen porque el historiador ha sabido darles ese aspecto humano que en nada mengua su heroísmo.

Es evidente que la Historia de Chile del Sr. Francisco Encina no es para los niños sino para los hombres de buen criterio...

PUBLICADO

EN LA "REVISTA CATÓLICA"

Del Boletín Bibliográfico del P. E. C. de Chile. — El Pbro. Araneda Bravo se ha dado a conocer con esta obra, (HOMBRES DE RELIEVE DE LA IGLESIA CHILENA), como un escritor maduro.

Su conocimiento histórico, literario y religioso es visible. En forma correcta y amena describe la vida de los dos ilustres sacerdotes que como figuras de relieve de la Iglesia Chilena esperaban ser estudiados documentalmente. Los dos personajes han sido tratados con la seriedad de un historiador lleno de recursos literarios".

---

## LIBROS PUBLICADOS POR FIDEL ARANEDA BRAVO

"Cristo Luz del Camino".—1939.
"Hombres de Relieve de la Iglesia Chilena". — (1.ª Serie, 1946).

## EN PRENSA

"Hombres de Relieve de la Iglesia Chilena". — (2.ª Serie).

## EN PREPARACION

"Hombres de Relieve de la Iglesia Chilena". — (3.ª Serie).
"Literatura Eclesiástica Chilena. Antología".
"Dos Hombres de Letras". (Ramón Sotomayor Valdés y Augusto Orrego Luco).
"DON CRESCENTE ERRAZURIZ". (Estudio con documentación inédita).

"Claret".